4848

El Fuego del Cielo

9

EL FUEGO DEL CIELO,

DRAMA EN TRES ACTOS

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

por

DON VENTURA DE LA VEGA.

Segunda edicion.

N.° 85.

MADRID—1851.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/elfuegodelcielod560vega

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó la represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

Pl Pe
d

PERSONAS.	ACTORES.
LIONEL.	Don Francisco Lumbreras.
JORGE	Don Vicente Caltañazor.
CLARA.	Doña Catalina Flores.
ENRIQUETA.	Doña Margarita Montero.

Pues

ACTO PRIMERO.

José P. Murillo

El teatro representa un pabellon ochavado. Puerta en el foro que da á un terrado, donde se ven arbustos y flores. Dos ventanas en los lienzos diagonales, y dos puertas en los verticales. Cuadros, muebles elegantes: á la izquierda un canapé; á la derecha una mesita, y en ella servido el almuerzo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. ENRIQUETA. *Están sentadas*: ENRIQUETA *haciendo labor.*

ENRIQ. Pues yo, hermana, te confieso que no sé cómo puede gustarte el bullicio de la ciudad.

CLARA. Tambien me gusta vivir en el campo; pero así, por temporadas. Ya ves, la que como yo es viuda, rica, y se vé rodeada de adoradores... En fin, la que ha gustado mucho tiempo los placeres de la sociedad, es

677568

imposible, Enriqueta, imposible que soporte esta vida solitaria. Y yo, que me veo tan obsequiada! Madama Darbel me dió un baile el otro dia, y tengo que pagárselo: así es que lo he dispuesto para esta noche, y ahora mismo me marcho á Boston.

ENRIQ. Pues yo, digas lo que quieras, estoy en esta quinta como en la gloria... Mi tío ha puesto á mi cuidado el gobierno de ella y la direccion de los plantíos, y así paso la vida deliciosamente. La naturaleza es tan hermosa en esta parte de los Estados-Unidos! Tú tienes en la ciudad adoradores que se llaman esclavos tuyos: yo tambien tengo aquí esclavos... pero esclavos que me aman de veras. Yo les doy ánimo cuando están trabajando; y por la noche tomo parte en sus bailes y diversiones.

CLARA. Todo eso es muy bueno; pero la vista del mar es monotona, y á veces triste; porque en estas costas son muy frecuentes los naufragios y las tempestades.

ENRIQ. Eso es verdad! Esas enormes rocas hacen que el mar se estrelle con una fuerza! Pero díme: no es tambien un placer salir como salgo yo todos los dias á recorrer la playa con varios esclavos, y encontrar ocasion de salvar algun pobre náufrago? Tres meses hace que logré libertar de la muerte á dos marineros. Oh! no hay dia que no visite toda la costa: así es que soy ya tan práctica, que nadie la conoce mejor que yo.

CLARA. Hermana mia, qué buena eres! Siempre pensando en hacer bien! Y qué juiciosa! Vaya, eres el prodigio de nuestro sexo!

ENRIQ. Yo?

CLARA. Sí tal, puesto que á los diez y ocho años estás con el corazon tan tranquilo, sin haber dado ni siquiera un suspirillo de amor.

ENRIQ. Ay! Dios me libre y me defienda! Quieres creer que se me ha metido en la cabeza, no sé por qué, que si me enamorara habia de ser muy infeliz?

CLARA. No lo estrañaria. Tienes una imaginacion tan exaltada!... una sensibilidad tan viva! Haz lo que hice yo; cásate, y verás así cómo te ries de esas pasiones vehementes.

ENRIQ. Yo casarme?

CLARA. Al cabo tendrás que hacerlo: ya sabes que nuestro tio tiene esa manía. A mí, desde que quedé viuda, me está persiguiendo sin cesar para que vuelva á las andadas. Pero eso no, ahora te toca á tí, Enriqueta; y

apostaria á que ese primo nuestro, ese colegial de Oxford que ha venido de Inglaterra y desembarcó ayer en Boston, es un novio que te ha buscado el tio entre las nieblas del Támesis.

ENRIQ. Qué locura! Y hoy debia llegar aquí? Pues mucho tarda.

CLARA. Peor para él, porque almorzará solo. Bien hemos hecho en no aguardarle: ahí le espera la mesa puesta. Tiene ya mas de veinte años, y hasta ahora no lo han sacado del colegio. Figúrate tú! Será muy sencillote, muy encogido... algo pedante. A que á las primeras de cambio nos espeta algun discurso en latin ó en griego?

ENRIQ. No: si dice mi tio que ha aprendido muy poco.

CLARA. Me alegro: así nos fastidiará menos. Me alegraria de conocerlo antes de marchar; pero supuesto que no llega...

ENRIQ. Te vas?

CLARA. Sí, que se va haciendo tarde. Adios Enriqueta... Dónde está mi chal?

ENRIQ. (*Dándoselo.*) Aqui le tienes. Tambien yo voy á tomar el mio para acompañarte al carruage, y dar luego mi paseo acostumbrado por la orilla del mar.

JORGE. (*Gritando dentro.*) Eh!... Aquí es!... Párate demonio... hóooo!...

CLARA. (*Yendo á la ventana.*) Calla! Este debe de ser!

JORGE. (*Dentro.*) Párate, maldito!... hóooo! Ven acá!... Tenme el estribo. Este demonio de caballo no se está quieto!

CLARA. Él es, él es!... Míralo!

ENRIQ. Ay qué figuras hace para apearse del caballo!

CLARA. Será quizá la primera vez que monta. Pobre muchacho!

ENRIQ. Calla, que ya está aquí.

ESCENA II.

Dichas. JORGE.

JORGE. Ay, qué dos leguas! Ay, qué agujetas! Ay, cómo corren los caballos en los Estados-Unidos!

CLARA. Oh! Señor primo, bien venido!

ENRIQ. Qué os ha pasado?

JORGE. Ah! Señoras... servidor! Primo habeis dicho?... Esto me da lugar á concluir que son mis primas las que tengo la honra de saludar.

CLARA. Eso se llama lógica. Se conoce que habeis hecho buenos estudios, primo.

JORGE. Os reis? Habré dicho alguna incongruencia: no lo estraño. Si vierais como vengo! Molido y rebentado en la parte material y en la intelectual. Figuraos que al salir de Boston, el tio me da por postillon un negrito, que lo mismo es montar, sale al galope delante de mí: mi caballo que lo ve, sale tambien al galope, sin darme tiempo de meter los pies en los estribos: de manera que no tuve mas recurso que apretar las piernas y agarrarme á las crines, postura contraria á todas las reglas de la equitacion, y en la cual me he tirado al coleto las dos leguas; pues aunque yo le gritaba al negro: no corras! párate un poco! el bribon no hacia mas que mirarme y reirse como un mono, enseñándome una enorme caja de dientes. No seria malo que se le aplicasen unos cuantos azotes, segun los usos de este pais, que ahora me parecen muy sábios.— Conque, primas, felices dias: celebro infinito esta ocasion de conoceros y ofrecerme... Mi tio me ha hablado mucho de entrambas, haciéndome los respectivos retratos con suma exactitud; de donde concluyo que vos sois mi prima Enriqueta y vos mi prima Clara. (*Designa la una por la otra.*)

CLARA. (*Riendo.*) No es eso precisamente.

ENRIQ. Es al contrario.

JORGE. Ah! Entonces vos sois mi prima Clara, y vos mi prima Enriqueta. En suma total viene á dar lo mismo, porque ambas sois encantadoras: y agradezco mucho á mi tio que me haya mandado haceros la corte.

CLARA. Hola! Eso os ha mandado?

JORGE. Espresamente.

ENRIQ. Y tratais de obedecer su mandato, primo?

JORGE. Yo lo creo! Ese es mi deber. Cómo se desobedece á un tio que ha permanecido soltero solo por dividir su hacienda entre los hijos de sus dos hermanas?

CLARA. En efecto, seria un crimen que no nos amáseis, cuando él os lo ha mandado.

JORGE. Por supuesto! Conque, primas y señoras mias, veamos cuál de las dos me tiene mas inclinacion.

ENRIQ. Hombre! Ahora mismo ha de ser?... Esto es un trabucazo!

CLARA. Qué disparate! A vos os toca elegir.

JORGE. Ay! Eso no!... Primas, tened compasion de este primo inesperto que se ve entre la espada y la pared. Por mas que miro á una y á otra, mi corazon permanece en un perfecto equilibrio.

CLARA. Pues amigo, eso no es lo mandado. El tio lo ha dispuesto, y es preciso que ahora mismo ese corazon se incline á la derecha ó á la izquierda. Os advierto para vuestro gobierno que mi hermana se queda en la quinta, y que yo me marcho á Boston.

JORGE. De veras? Ay Dios mio! Y cómo resuelvo yo este negocio con la perentoriedad amorosa que me ha prescrito mi tio?

CLARA. Pues qué os ha dicho?

JORGE. Me ha dicho lo siguiente: «Sobrino, anda á la quinta, allí verás á tus dos primas: Clara, la viudita, es alegre, viva de genio, burloncilla, amiga de diversiones. Enriqueta, que es la otra, es tímida, encogida, sentimental, soltera. Examínalas bien: tú eres algo novicio y corto de genio; pero la herencia que te ofrezco te dará valor y atractivos personales. Mi hacienda es para vosotros, pero con la precisa condicion de que dentro del improrogable término de quince dias te has de casar con una de ellas. Conque anda, y Dios te ilumine.»

CLARA. Pues la cosa es terminante. Conque, señor primo, manos á la obra: ó quedaos con Enriqueta, ó venios conmigo á Boston: ahí teneis el caballo.

JORGE. El caballo!... No, no!... Dios me libre!... No me puedo mover! Lo que por ahora me urge es tomar un bocado y echar un sueño. Si no puedo tenerme en pié!

ENRIQ. Pobre primo! Ahí teneis la mesa puesta: conociendo que traeríais apetito, os he guardado eso que veis.

JORGE. Calla! Y es verdad! Sois muy amable, prima mia; y esto me hace inclinar un tanto la balanza... del lado del almuerzo.

CLARA. Ay, ay, ay! Me parece que pierdo el pleito: el almuerzo me ha desbancado. Pues adios, primo mio.

JORGE Hasta la vuelta, prima. (*A Enriqueta.*) Vos tambien os vais?

ENRIQ. A despedir á mi hermana. Almorzad y dormid; que despues os haré compañía.

CLARA. Y no olvideis el plazo de los quince dias. (*Aparte á Enriqueta yéndose.*) Pobre estudiantillo!... Le vamos á volver loco.

ESCENA III.

JORGE.

Hasta despues, Enriqueta. Buen viaje, Clara. (*Yéndose á la mesa.*) Primas celestiales! (*Sirviéndose.*) Rico pastel! Esto se llama obsequiar á un huésped: *perfidus hospitem*, como dice Horacio.— Pues señor, tres cosas tengo que satisfacer, el hambre, el sueño y el amor. Vamos con órden; una cosa tras otra: ahora almorzaré; luego, en aquel canapé echaré un sueño; y despues veré cual de las dos se decide por mí.

ESCENA IV.

JORGE. LIONEL *que aparece en el terrado con peti-uniforme de alferez de marina, y la escopeta al hombro.*

LIONEL. Hermosos jardines!... Bonito pabellon!... Qué elegancia, qué gusto! — Calla! Allí hay un jóven solo, que está almorzando. Justamente estoy muerto de sed, y me parece que puedo reclamar las leyes de la hospitalidad... (*Sale á la escena.*)

JORGE. (*Sin moverse.*) Quién está ahí? Qué se ofrece?

LIONEL. (*Con desenfado.*) Un oficial de marina, cuya fragata está anclada á media milla de la costa, como podeis ver desde ese terrado. Hice echar el bote al agua con un par de marineros, y he saltado en tierra á matar unos cuantos pájaros. Ya me volvia á bordo, cuando os he visto trabado de palabras con ese pastel, y vengo con la franqueza de buen

marino á pediros por todo favor que me permitais beber un vaso de vino.

JORGE. Con mucho gusto. (*Comiendo.*) Si os lo quisiérais servir vos mismo, sería mucho mejor... Tomad asiento, y si gustais... Ah! que no teneis cubierto! Quereis tocar la campanilla?....

LIONEL. (*Sentándose.*) No, no: yo no tengo mas que sed, y aqui veo dos copas.

JORGE. Sí: una para el Burdeos, y otra para el Madera. Vaya, os serviré de los dos, y elegireis... ó bebereis de ambos, que será lo mejor. Ay! así pudiera yo hacer lo mismo con otros dos objetos... y no que tengo que elegir precisamente uno... que no sé cómo componerme!

LIONEL. Esquisito vino!

JORGE. Oh! Aquí no falta nada. Mi tio es hombre que lo entiende. Un buen señor que se embarcó en Dublin hará unos cincuenta años, sin mas pacotilla que su estuche de cirujano y dos tomos de Hipócrates, y hoy es ciudadano de los Estados-Unidos, y señor de cinco ó seis millones, que reserva para dejárselos á sus sobrinos en cuyo número se cuenta vuestro atento y seguro servidor.

LIONEL. Os doy la enhorabuena. Y cómo se llama ese prodigio de los tios?

JORGE. El doctor Robin: ni mas ni menos.

LIONEL. Qué me decís? Ese ilustre médico que tiene una fama tan colosal en toda la América del Norte?

JORGE. Precisamente. Médico-cirujano, oculista famoso! Oh! Mi tio es lo que se llama un sábio.

LIONEL. A su salud, camarada! Hombres como él hay pocos.

JORGE. A su salud! Y de lo suyo bebemos. (*Despues de beber.*) Conque habeis oido hablar del doctor Robin?

LIONEL. Desde niño; y aun me acuerdo que una vez fué llamado por mi familia á Baltimore, donde hizo curaciones admirables. Y vos, camarada, sois tambien médico?

JORGE. No señor: yo no soy nada. Mi tio ha pasado su vida trabajando; conque justo es que yo la pase descansando.

LIONEL. Claro está: ese debe ser el órden en las familias.

JORGE. Lo malo es que se ha empeñado en que me he de casar en el término de quince dias, y eso me tiene aburrido.

LIONEL. Por qué?

JORGE. Porque tengo que elegir entre dos primas, las cuales van á enamorarse á un tiempo de mí; y sentiré mucho tener que desairar á cualquiera de ellas.

LIONEL. Diantre! Dos novias á la vez! Hombre, sois un seductor de primer órden!

JORGE. No: lo digo porque tengo buen corazon, y no me gusta aflijir á nadie.

LIONEL. Ya veo que sois hombre de bien y de conciencia.

JORGE. Os reís? Mejor haríais en darme un buen consejo. Vos, como marino, habreis corrido mucho mundo, y sereis esperimentado en el capítulo de las mujeres.

LIONEL. Hombre, no: la verdad es que soy poco ducho en materia de mujeres. Ya veis, siempre he estado á bordo, y... en cuanto á amores, solo uno ha sentido mi corazon: y sabeis cuál? Sabeis á quién amo sobre todas las cosas de este mundo? A mi madre! A mi adorada madre!... Y sin embargo me separé de ella, y me embarqué. El motivo ni yo mismo lo sé. Para mantenerla no ha sido, porque es rica. Se apoderó de mí la manía de viajar, y dejé todos los halagos de la opulencia por entregarme al capricho de las olas, y cruzar á bordo de una fragata desde el golfo de Méjico hasta el mar Glacial, arrostrando las tempestades y maldiciendo contra el huracan. Ya voy á retirarme, y á volver al lado de mi madre; pero confieso que me da pena, porque es magnífica la profesion de marino!

JORGE. De veras?

LIONEL. Las borrascas!... Los combates! Vos no sabeis lo que es eso, eh?

JORGE. Y á vos os divierten esas frioleras?

LIONEL. Me entusiasman! Quereis saber lo que es la vida de un marino? Pues oid la descripcion que he hecho yo mismo de esa sublime profesion.

Ya meciéndose impaciente
y alzando espumas de plata,
ansiando está la fragata
sus velas al viento dar.
Ya levan los marineros
el ancla que la sujeta,
y cual rápida saeta
lánzase orgullosa al mar.
Cómo el pecho se dilata
henchido de noble aliento,
cuando azotadas del viento
oigo á las olas mugir!

Y estrellarse en el costado
de mi fragata valiente,
y árboles y járcia y puente
estremecerse y crujir.
«Vela por la proa!»—grita
con voz ronca el vigilante,
y á la cubierta al instante
sube la chusma veloz.
Los marinos se aperciben:
la red de combate tienden:
los bota-fuegos encienden:
del gefe aguardan la voz.
«Un pirata!... A darle caza,
que el viento nos favorece!»—
Gira el timon, y parece
que alas el cielo nos da.
Soltad rizos, marineros,
que es muy velero el pirata:
ya le aborda la fragata!
Miradle allí! Nuestro es ya!
Fuego!—Y sobre él la andanada
vomita metralla ardiente.
Ya en su destrozado puente
rota la entena cayó!
Y entre las olas nadando
piden gracia en su agonía
los que nuestra artillería
de su cubierta barrió.
Sobre él clamando Victoria!
se abalanzan los soldados;
que piratas apresados
son botin del vencedor.
Y á la merced de las olas
entregando el casco roto,
á combatir con el noto
volvemos con nuevo ardor.
Y cuando el festin del triunfo
celebra ufano el marino,
y hierve en la copa el vino,
y suena alegre cancion;
A tí, madre idolatrada,
siempre fija en mi memoria,
mis trofeos, mi victoria
te consagra el corazon!

JORGE. Soberbia descripcion, camarada! Todo eso... asi en poesía, es hermosísimo; pero no sé yo si allí, prácticamente, me gustaría tanto.

LIONEL. Vengan esos cinco, camarada! Si la manía de viajar me acomete otra vez, os prometo volver por acá á visitaros; y entonces ya os habreis decidido por una de las dos primas, y me presentareis á vuestra esposa. Ea, quereis que echemos el último brindis?

JORGE. (*Levantándose.*) Con mucho gusto. Ay!... Estoy tan desvencijado del camino!... En cuanto os vayais me tumbo en ese sofá á echar un sueño.

LIONEL. Pues no quiero molestaros mas. Ea, camarada, adios! y gracias por la buena hospitalidad. (*Mirando el reloj.*) Cáspita y lo que me he detenido! Está subiendo la marea, y nos va á costar trabajo el remar hasta llegar á la fragata. (*Abre una ventana.*) Demonio! Me voy corriendo!...

JORGE. Pues qué?...

LIONEL. Veis aquella nubecita?

JORGE. Sí. Qué chiquitita es!

LIONEL. Chiquitita? Ya me lo direis dentro de cinco minutos!

JORGE. Calla!...

LIONEL. Adios, adios!

JORGE. Servidor.

ESCENA V.

JORGE. *El sol se nubla, y la atmósfera empieza á oscurecerse poco á poco.*

Qué amable es este marino! Cosa mas rara! Yo que tenia una idea tan distinta... Ya se vé, como no los conocia mas que por las novelas que he leido en el colegio, y en ellas siempre los pintan tan bruscos, tan desvergonzados... votando y jurando y emborrachándose... todos tan ordinariotes... Vaya!... ya veo yo que los libros... —(*Bostezando.*) Ah!... Estoy rendido! Pues señor... aquí hay un sofá muy blandito... (*Al dirigirse á él brilla un relámpago, y se oye un trueno lejano.*) Santa Bárbara!—Tenia razon el marino: miren la nubecita chiquitita lo que ha tardado en esplicarse!... Pues señor... á bien que yo estoy

bajo techado. Y con el Burdeos y el Madera se me ha aumentado el sueño y la pereza. (*Los relámpagos y truenos van acercándose y tomando fuerza.*) Hola! Cerremos la puerta, y allí me las den todas. A ver si sueño con mis primas... y tengo alguna... alguna inspiracion feliz. (*Detonacion fuerte, y una ráfaga de viento que abre con violento estrépito la puerta del foro y las ventanas.—Jorge se levanta asustado.*) Ay! Qué ruido es este!... Quién abre la puerta?... Ay Dios mio, que ha sido el viento!—Qué relámpagos!... Qué tempestad! Y cómo brama el mar! Voy á cerrar otra vez. (*Va á la ventana y se detiene asombrado.*) Jesus! Las olas son como montañas!... Dios mio. Qué es aquello?... Un hombre tendido en la playa!.., Algun náufrago!... Y una mujer llega á socorrerlo! acompañada de dos negros!—Malditos negros! Ay qué valor de mujer!... La van á tragar las olas!... (*Cierra la ventana.*) Dios nos favorezca!... (*Vuelve á echarse en el sofá.*) A ver si cerrando los ojos no veo esta calamidad. Pero y los truenos que entran por los oidos? Jesus, Jesus! Por qué habré yo venido á este pais, donde hay estos ruidos?...

ESCENA VI.

JORGE. ENRIQUETA. LIONEL. *Aparece en el terrado Lionel, pálido, desgreñado, sin sombrero, apoyado en Enriqueta, y sostenido por dos negros: trae una mano puesta en los ojos.*

JORGE. Qué veo!... El marino que ha estado aquí!... Y Enriqueta es la que acudió en su socorro... Pobrecillo!.. Cómo viene!... Qué le habrá sucedido?... Que pondere ahora las delicias de la profesion!

ENRIQ. Por aquí... á este pabellon. — Dios mio, yo te doy gracias! (*Al llegar á la puerta, los negros se retiran.*)

LIONEL. (*Sin quitar la mano de los ojos, y estendiendo la otra.*) Dónde estoy?... Guiadme.

ENRIQ. Ya estais en salvo: no lo veis?... Entrad.

JORGE. Camarada, llegad acá: sentaos.

LIONEL. (*Quitándose la mano de los ojos.*) Cielos! qué oscuri-

dad es esta? Dónde me habeis traido?... Abrid... Abrid...

ENRIQ. Oscuridad!... Qué decís?... Abrid los ojos... Mirad...

LIONEL. Pues qué... es de dia? Hay luz?...

JORGE. Pues no nos veis?

ENRIQ. (*Aparte.*) Dios mio!... Empiezo á temer...

LIONEL. (*Haciendo en vano esfuerzos para abrir los ojos.*) Ah! Dios eterno! Esto es hecho!...

ENRIQ. / JORGE. } Qué?

LIONEL. Infeliz de mí!... Madre mia! Sol de mi patria!... Ya no volveré á veros!...

ENRIQ. / JORGE. } Cómo?...

LIONEL. (*Con palabras cortadas.*) El rayo... que hizo pedazos... el bote... hirió mis ojos... y me ha dejado ciego!

ENRIQ. / JORGE. } Ciego! (*Acuden á él: Lionel se deja caer en brazos de los dos, los cuales lo sientan en el canapé.*)

LIONEL. (*Llorando.*) Sí!.. sí!... Estoy ciego... Oh madre mia Ya tu hijo no volverá á verte!... (*Oyense tres cañonazos á lo lejos.*)

ENRIQ. / JORGE. } Qué es eso?

LIONEL. (*Levantándose con desesperacion.*) Cielos!... La fragata me llama!... Los cañonazos de leva!... Se va!... Se va sin mí!... Aquí moriré abandonado!... Adios, compañeros!... Adios, madre mia!... (*Cae desmayado en el canapé.*)

ENRIQ. / JORGE. } (*Socorriéndole.*) Infeliz!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

José J. Murillo

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. *Aparece en la puerta del foro, en traje de camino, hablando con un criado.*

Avisad á mi hermana; decidla que aquí la espero.— Bien sé yo que la noticia de mi llegada ha de causarla mucho gozo. Pobre Enriqueta! Por fin ha caido, y su inocente corazon sabe ya lo que es amor. En la carta que me ha escrito no se ha atrevido á declararme el secreto; pero la inocente no sabe que en cada frase, en cada palabra de la tal carta descubre, á pesar suyo, el estado de su corazon. Me habla mucho de amistad, de compasion, hácia ese

jóven... ya se sabe lo que quiere decir. En fin, debe ser mucho consuelo para ella tener en mí un confidente de sus amores.

ESCENA II.

CLARA. ENRIQUETA.

ENRIQ. Clara!... hermana mia!...

CLARA. Abrázame!... Con qué gozo te vuelvo á ver!

ENRIQ. Ya, ya! Tanto tiempo ausente de tu hermana!... Mas de dos meses!... Sabiendo que no tengo otra amiga que sepa leer en este corazon... tan tranquilo en otro tiempo!

CLARA. En otro tiempo? Cómo es eso?... Pues y ahora?...

ENRIQ. Vamos, no me hagas poner colorada con ese tono burlon! Sé indulgente y amable conmigo, como lo has sido siempre. Sí, Clara mia, te lo confieso: todo ha cambiado; mi corazon esperimenta nuevas sensaciones de temor y de esperanza, de pena y de dicha: ideas risueñas y presagios de infortunio; todo está mezclado en mi alma... Estoy loca, hermana; ya lo sé, y me avergüenzo de mí misma!... Ah! Escóndeme en tus brazos, para poder reir y llorar á un tiempo en ellos.

CLARA. Ay, Dios mio! Enriqueta, qué agitacion es esa? Qué quiere decir esto? A dónde hemos venido á parar?

ENRIQ. No lo adivinas?

CLARA. Pues no lo he de adivinar! Eso es amor, amor, y de lo fino. Se le salva la vida á un jóven marino, á quien el fuego del cielo ha privado de la vista: el jóven tiene que quedarse en esta quinta; mi tio le prodiga los tesoros de su ciencia, y mi compasiva hermana la ternura de la amistad: y al paso que el jóven va sanando de los ojos, mi hermana va enfermando del corazon, sin la menor esperanza... ni la menor gana de curarse. Qué tal! he acertado? No es este el primer capítulo de la novela?

ENRIQ. Sí, hermana mia, sí: le amo, y este amor es mi vida! Dejar yo de amarle... saber que no me ama... separarme de él!... Ah, me moriria! Y esta incertidumbre es tan cruel!...

CLARA. Cómo incertidumbre?

ENRIQ. Qué quieres? Yo no he de ser la primera que me declare, y él guarda conmigo el mismo silencio. Ni el uno ni el otro hemos pronunciado todavía la palabra *amor*.

CLARA. Ya! Un enamorado que no vé, no es estraño que se contenga y aguarde...—Pero ello es que, segun me decias en tu última carta, pronto debe recobrar la vista?

ENRIQ. Sin duda. Dice mi tio que ha sido una contraccion de de los párpados, causada por el fuego del rayo; pero ya gracias, á la habilidad de mi tio, los abre un poquito.

CLARA. Con que ya vé?

ENRIQ. No, todavía no se ha hecho la prueba: dice mi tio que eso ha de ser con muchas precauciones. Pero has de saber, hermana, que está dispuesto para esta noche; sí, para esta noche: así que empiece á alumbrar la luna, se quitará la venda por primera vez. Todavía no le hemos dicho nada, porque la noticia no le altere; y porque es tal su impaciencia, que quizá no aguardaría el momento.

CLARA. Vaya, todo espero que saldrá bien, y que al fin te amará con conocimiento de causa.

ENRIQ. Crees que me amará?

CLARA. Pues no lo he de creer!

ENRIQ. Lo mismo dice mi tio.

CLARA. Calla! Sabe ya el tio que amas á ese jóven?

ENRIQ. Y está contentísimo! Pues no te lo he dicho?... Si conoce mucho á su familia: hace años que le llamaron, y parece que hizo allí una curacion muy famosa. Pero luego yo consultaré á mi oráculo.

CLARA. A tu oráculo! Tienes un oráculo?

ENRIQ. Sí.

CLARA. Y cuál es?

ENRIQ. No lo sabes? La luna.

CLARA. Ay, Dios mio! Ya hablas con la luna?

ENRIQ. No te acuerdas de lo que dice aquella novela? Pues es exacto. Así que sale no hay más que mirarla con los ojos fijos: si se siente mucha alegría, es buena señal; pero si los ojos se llenan de lágrimas, malo!

CLARA. Y tú crees en eso?

ENRIQ. Vaya si creo! Lo he esperimentado muchas veces.

CLARA. Ay pobre Enriqueta! Cómo te encuentro!

ESCENA III.

Dichos. JORGE *que aparece en el terrado con caña de pescar y demas avios.*

JORGE. Buena ha estado la pesca!... Ni siquiera una mala sardina! — Pero qué veo! Sois vos prima fugitiva! Agradable sorpresa, despues de dos meses de ausencia.

CLARA. Tengo yo que venir aquí á veros, ya que vos no os habeis dignado ir á hacerme ni una sola visita á la ciudad.

JORGE. Es verdad: ya conocia yo que mi desvio os habia de lastimar. Pero qué se ha de hacer! Este era el único medio que me quedaba de hacer cesar el flujo y reflujo de una pasion que me lanzaba alternativamente de una prima á otra prima; es decir, de Scila á Caribdis; ó mas vulgarmente, de Herodes á Pilatos. Yo dije para mí: quedándome aquí quieto no veré mas que á una de las primas, y me decidiré por ella. Y asi ha sucedido. — Verdad que el medio ha sido ingenioso?

CLARA. Es posible! — Conque sacamos en limpio que no me queda esperanza?

JORGE. Ninguna, ninguna. — Y hacedme el favor de no tratar de atraparme de nuevo. Ya estoy arreglado: mis amores van caminando á su epílogo, sin episodios ni digresiones. Aquí teneis á mi futura; futura perfecta, á quien he resuelto adorar, y sobre la cual descanso ya con el sueño mas apacible del mundo.

ENRIQ. (*Riendo.*) Cuidadito, Jorge! No sea que el despique de mi hermana logre desbancarme.

JORGE. Cuando os digo que no! — Vaya, no os atormenteis, prima del campo. La prima de la ciudad ha perdido el pleito. Es... es... es demasiado bonita.

ENRIQ. Gracias por mi parte.

JORGE. No, no me entendeis: he querido decir... demasiado coqueta.

CLARA. Gracias, por la mia.

JORGE. No: tampoco es eso. No acierto yo á esplicarme. Quiero decir que ese aire de viudita, esa elegancia

superfina, y esa... ese... esa malicia y ese mundo... vamos, me achican y me intimidan.

CLARA. Y, vamos, francamente: creeis que mi hermana participa de vuestros sentimientos?

JORGE. Vaya! Pues no faltaba mas! — Ella no ve aquí á nadie mas que á mí.

CLARA. Ya! Esa es una razon poderosa.

JORGE. Digo que no ve á nadie mas que á mí; porque lo que es el ciego... ese no entra en la cuenta.

CLARA. Ah! Al ciego no le ve?

JORGE. Sí, pero como él no ve... Por ese lado estoy tranquilo. — Y nos hemos hecho muy amigotes. Yo le doy el brazo para pasear; y mientras el tio anda por ahí viendo sus enfermos, yo suplo su falta y cuido del ciego.

CLARA. Eso es muy filantrópico... y sobre todo muy generoso de vuestra parte.

JORGE. No, no es todo generosidad: hay en ello su poco de interesillo. Porque el tio, que antes tenia tanta prisa por casarme, ahora cuando se lo recuerdo, me dice siempre: «Cachaza, sobrino; aguardemos á que el señor Lionel acabe de curarse y vea.» — Conque ya veis si estoy interesado en cuidarle para que vea cuanto antes. Y luego, que tendré yo mucho gusto en que ese pobre jóven dance en mi boda.

CLARA. Sí; creo que no dejará de danzar...

ENRIQ. (*Prestando el oido.*) Chit! Bajito, bajito!...

CLARA. Qué hay?

ENRIQ. Él viene! Ha salido solo de su habitacion!

JORGE. Oh! No tengais miedo: el terreno es llano, y él lo tiene ya muy trillado.

CLARA. Voy á quitarme este trage de camino; no estoy para que me vean gentes.

JORGE. (*Riendo.*) Calla! Vais á componeros para un ciego?

CLARA. (*Riendo.*) Ay, es verdad! — Lo que es la costumbre!

ENRIQ. Ya está aquí.

ESCENA IV.

Dichos. LIONEL *que trae una venda negra sobre los ojos: viene á tientas por el jardin.*

CLARA. (*Aparte á Enriqueta y á Jorge.*) Chit... Callad! No le salgais al encuentro: estaos aqui conmigo.

LIONEL. (*Creyéndose solo.*) No hay aquí nadie? — Nadie. — Ah, qué triste situacion la mia! — Ciego!... Dios mio!... Ciego! Y hasta cuando?... El buen doctor Robin me dice que sanaré: desde el primer dia me lo dijo; cada vez me lo asegura mas... Pero... él dia de ver la luz no llega! Serán fundadas sus espereranzas?... O será un ardid para calmar esta impaciencia que me devora?... O se engañará el mismo? — Justo Dios! Estoy condenado á no ver mas el cielo de mi patria... á no ver á mi adorada madre. (*Ha ido buscando el canapé, y en este momento se deja caer en él muy abatido. — Despues de una pausa se serena y continúa.*) Pero es verdad que Dios pone siempre una gota de miel en el cáliz mas amargo: Dios envia siempre un consuelo en las mayores desgracias. Hay aquí un corazon que responde al mio: hay una mano cariñosa que enjuga mis lágrimas: hay una voz dulce que penetra hasta el fondo de mi alma y me consuela! Una tierna amiga que me salvó la vida, y ahora sirve de guia al pobre ciego! Ah! Si estaré tambien condenado á no verla jamás! — (*Se levanta y la llama.*) Enriqueta?... Amable Enriqueta? — Dónde estará?

ENRIQ. (*Bajo á Clara.*) Ves? Ya me llama. Voy.

CLARA. (*Bajo á Enriqueta.*) No. — Respóndele; pero desde aquí.

ENRIQ. Y por qué?

CLARA. Quiero hacer una prueba.

JORGE. (*Riendo.*) Qué prueba será? Veamos, veamos.

ENRIQ. (*A Lionel en voz alta.*) Aquí estoy, amigo mio. (*Clara se acerca á Lionel y le tóma la mano.*)

LIONEL. Ah! Por fin habeis parecido!

JORGE. (*Riendo.*) Ay qué majadero!

CLARA. (*Haciendo señas de que calle.*) Chit!...

LIONEL. (*Tomando con ambas manos la de Clara, y manifestando estrañeza.*) Es cosa singular! (*Clara hace con viveza una seña á Enriqueta, la cual se acerca prontamente y asoma la cabeza entre Lionel y Clara.*)

ENRIQ. Qué, amigo mio?

LIONEL. Yo no sé qué es esto!... Pero su mano, al estrecharse entre las mias, no me hace sentir lo que otras veces! No late ahora mi corazon como de costumbre! (*Suelta la mano de Clara.*)

ENRIQ. (*Aparte.*) Dios mio!... Ha conocido que no era mi mano!... — Y cómo os habeis arriesgado á atravesar el jardin sin llamar á vuestra guia?

LIONEL. (*Aparte con gozo.*) Su voz sí es, pero no su mano.

ENRIQ. (*Tomándole la mano.*) Qué teneis? En qué estais pensando?

LIONEL. En vos, Enriqueta; venia á buscaros: es la hora en que acostumbrais poneros al piano y cantarme una de esas canciones tan melancólicas...

CLARA. (*Asomando la cabeza entre Lionel y Enriqueta.*) Para hoy he aprendido una nueva que os ha de gustar.

LIONEL. Ahora es su mano; pero no su voz.

JORGE. (*Aparte riendo.*) Le están engañando como á un chino.

ENRIQ. (*A Clara.*) Hermana, ya me parece que basta de prueba!

CLARA. (*Aparte á Enriqueta.*) Basta y sobra. Es cosa evidente: está enamorado de tí, sin que me quede duda.

ENRIQ. Lionel, la que está aquí es mi hermana que acaba de llegar de Boston.

LIONEL. Vuestra hermana? Oh, señora, perdonad! Como no veo, no he podido...

CLARA. Sin embargo, hay casos en que no se os puede engañar.

JORGE. Oh, los ciegos tienen mucha penetracion!

LIONEL. Cómo quereis que me equivoque! Es mi guia hace dos meses. No necesito oirla, ni tocar su mano: en el ruido de sus pasos... en el aire que mueven sus vestidos adivino cuando llega.

JORGE. Oh, es mucho olfato!

CLARA. Y mi tio, no ha venido?—Voy á ver.—Primo?

JORGE. (*Acercándose con mucha galantería á Clara.*) Prima? (*Clara se agarra del brazo de Jorge y se lo lleva por la puerta lateral de la derecha.*)

ESCENA V.

LIONEL. ENRIQUETA.

LIONEL. Enriqueta, os habeis quedado?
ENRIQ. Sí: yo me quedo con vos todo el tiempo que puedo.
LIONEL. Ah, qué feliz me haceis!
ENRIQ. Vos feliz!
LIONEL. Sí, feliz! No os cause sorpresa; pero hay momentos en que me haceis hasta bendecir la desgracia que me tiene á vuestro lado. Si antes de mi infortunio nos hubiéramos hallado los dos en el mundo, quizá no hubiera yo sido para vos mas que una de tantas personas indiferentes. Cómo es posible que entre mil hubiérais distinguido al teniente Lionel? Pero aquí es otra cosa: me habeis salvado la vida; sois mi guia, mi ángel protector, y cada dia crece mas en mí el placer que siento por seros deudor de tan inmensa gratitud!
ENRIQ. No digais eso!... Quién hay en el mundo que pudiera negaros... el mismo interés... la misma compasion...
LIONEL. Interés!... Compasion!... (*Aparte.*) En efecto! Qué otros sentimientos puedo yo inspirar, pobre de mí!
ENRIQ. Eh, ya volveis á poneros triste! Por qué es eso?
LIONEL. Por nada.
ENRIQ. Cómo por nada?—Hablad! Si es cosa en que puedo yo consolaros...
LIONEL. No, Enriqueta, no! Harto haceis por mí! Qué derechos tengo yo para exigir...
ENRIQ. Esplicaos.
LIONEL. Oh! Nunca... nunca!...
ENRIQ. (*Aparte.*) Dios mio!... Me engañará mi corazon?...

ESCENA VI.

Dichos. JORGE.

JORGE. Ya estoy aquí. Perdonad, amigo mio, que os haya dejado: Clara se me colgó del brazo... la otra prima; me ha hecho dar unas vueltas por la casa; luego se ha metido en su tocador á vestirse; y así que me he visto libre, he venido corriendo á daros la enhorabuena.

LIONEL. (*Sorprendido.*) La enhorabuena!

JORGE. Pues digo! Friolera es!—Qué! No os ha contado mi prima Enriqueta la novedad?

ENRIQ. Callad, Jorge!

JORGE. Y por qué se ha de callar? Por qué mi tio ha mandado que no se le diga? Bah! Si uno fuera á hacer todo lo que mandan los médicos! — Pobrecillo! Yo quiero verlo contento! Consolaos, amigo mio: esta noche recobrais la vista.

LIONEL. Dios eterno!

ENRIQ. Imprudente!

JORGE. Sí señor, sí señor. Así que el reloj de la sala dé las ocho, quitaos la venda. Esto es lo que ha dispuesto el tio.

LIONEL. (*Entusiasmado.*) Será verdad?

ENRIQ. Por Dios, no os altereis!

LIONEL. Ah... cómo es posible!... me hace concebir una esperanza...

ENRIQ. Vamos, vamos, tranquilizaos, y escuchadme: esa agitacion puede seros funesta. Quereis aflijirme?

LIONEL. Ah, eso no... jamás!—Obedezco... me tranquilizo... y os escucho.

ENRIQ. (*Con mucha dulzura.*) Pues bien; sí, es cierto... Esta noche, á las ocho... así que salga la luna... haremos una prueba... Dios quiera sacarnos de ella con bien!

JORGE. (*Con tono doctoral.*) Está curado. Cuando yo lo digo! Pero, amigo mio, es preciso tener un poco de paciencia. Aun necesitais convalecer: conque no es cosa de pensar en volver á embarcarse por ahora.

LIONEL. (*Con prontitud.*) Qué estais diciendo! Yo volver á viajar! No, no: os lo prometo. Haré que mi madre venga á establecerse aquí, en este clima delicioso. El pais que habitais quiero que sea el mio; y nunca oh, nunca me separaré de vosotros!

ENRIQ. (*Aparte con gozo.*) Oh, Dios mio, qué felicidad!

JORGE. Escelente idea!—Pero calla!... (*Como inspirado y pasando entre Enriqueta y Lionel.*) Otra me ha ocurrido á mí de repente que vale mucho mas. Lo que es haber estudiado!—Querido Lionel, nada de separarnos; y para que este pensamiento se cimente sobre bases sólidas, haced una cosa: entrad en la familia: voy á casaros: sereis mi primo.

ENRIQ. (*Aparte.*) Qué está diciendo!

LIONEL. Cómo, yo!...

JORGE. (*A Enriqueta al oido.*) Le haremos que se case con vuestra hermana... (*A Lionel en voz alta.*) Sí señor: no hay mas que hablar. Se trata de daros una jóven preciosísima, tan rica como vos, amabilísima, dulcísima... (*Aparte á Enriqueta.*) Ayudadme vos: qué haceis callada?... Ponderadle á vuestra hermana.

LIONEL. Jorge... por Dios! Os olvidais del estado en que me hallo?... (*Con intencion.*) Hablar yo de amor, estando ciego! Esa jóven se reiría de mí!

ENRIQ. (*Pasando con ligereza entre Lionel y Jorge.*) Se reiría de vos!... Podeis creerlo?...

JORGE. (*Aparte á Enriqueta.*) Eso, eso!... A ver si le animais.

LIONEL. (*Conmovido.*) Cómo!... Decid... Si fuese cierto que yo amara con todo mi corazon á una jóven... que está en esta casa... Si prescindiendo de los atractivos que seducen la vista, y de los cuales no puedo juzgar, adorase yo en silencio las prendas del alma, las virtudes, el sonido de la voz encantadora de una mujer compadecida de mi desgracia...

JORGE. (*Interrumpiéndole.*) En ese caso, claro está, debeis declarárselo, sin ambages, ni perífrasis, ni circunloquios. Yo os daré lecciones... que ya me voy haciendo práctico... (*A Enriqueta con galantería.*) No es verdad?... —(*A Lionel.*) Yo os enseñaré las lindas frases que uso... (*A Enriqueta con ternura.*) y con buen éxito... No es verdad?

LIONEL. Enriqueta! Sed vos mi consejera en esta ocasion... yo os lo suplico...

ENRIQ. (*Aparte.*) Estoy temblando!...

JORGE. (*A Enriqueta.*) Vamos, hablad: os pide consejo.
LIONEL. Enriqueta... por compasion... responded!...
ENRIQ. (*Cortada y conmovida.*) Esa jóven... cómo habia de ser insensible á tanta ternura?
JORGE. (*A Enriqueta.*) Bravo!
ENRIQ. Un corazon como el vuestro podria no hallar otro que le comprendiese?
JORGE. (*Gozoso.*) Bravísimo!
LIONEL. (*Con fuego.*) Ah! sois un ángel!
JORGE. Vaya; me parece que ya podeis animaros, eh?...
LIONEL. Ah, sí, hablaré, hablaré, ya que Enriqueta lo consiente! Acabaron las desgracias para mí! Un porvenir delicioso se ofrece á mi imaginacion! Lejos de maldecir la suerte que me ha cabido, la bendigo, la bendigo con toda mi alma!
JORGE. (*Riendo.*) Anda, anda... cómo se entusiasma ya!
LIONEL. Será cierto, Enriqueta?... Vos habiais adivinado ya este amor que yo me esforzaba por ocultaros? Ah, vuestro soy, vuestro por toda la vida! Vos sois la que amo, la que amaré eternamente! Y aunque no tengais ninguno de esos atractivos físicos que mi imaginacion os presta y que oigo á cada momento elogiar en vos... no importa... me basta vuestro corazon, y el mio os adora!
JORGE. (*Estupefacto.*) Qué es esto?
ENRIQ. (*Con fuego.*) Ah!... yo debia callar... pero ya no me es posible... no tengo fuerzas para resistir!—Conozco que ser amada es la suprema felicidad de la vida!... Sed dichoso... Adios!
JORGE. Estamos frescos!
LIONEL. (*Siguiendo á Enriqueta.*) Os vais?...
ENRIQ. Por un momento.—Estoy tan conmovida!...
LIONEL. Ah... dadme la mano... guiadme á mi habitacion... Tambien yo necesito quedarme solo con mi felicidad!
ENRIQ. Venid. (*Le conduce á la puerta del foro.*)
LIONEL. Momentos celestiales!
ENRIQ. (*A la puerta del foro.*) Hasta luego.
LIONEL. A las ocho!
ENRIQ. Sí; adios!
LIONEL. Justo cielo... que logre yo verla! (*Se separan. Lionel se dirige por el jardin: Enriqueta se va por la puerta lateral de la izquierda.*)

ESCENA VII.

JORGE *haciendo esfuerzos para hablar, y como quien tiene un lazo á la garganta.*

Conque... la... él... yo... los... (*Se cruza de brazos y empieza á dar paseos de una punta á otra de la sala, á pasos muy largos, diciendo á cada vuelta.*) Me alegro!... — Me alegro!... — Me alegro!... — Me alegro!... — (*Fatigado de los paseos, y sudando á mares, se deja caer en el canapé.*) Uf!!... Malditos sean los libros!... maldita sea la gramática!... y la filosofia!... y el Calepino!... y las cartas de Ciceron!... y Tito Livio!... y Salustio!... y Virgilio!... y Horacio!... y Homero!... y Marcial y Juvenal, y Propercio y Tibulo y Catulo, y la universidad de Oxford! — Para qué me habré yo calentado la cabeza?... De qué me han servido los estudios?... vamos á ver, de qué me han servido? A la vista está. Sale uno de allí con los ojos muy abiertos... y se la pega un ciego! — El caso es que yo no tenia maldito el empeño en casarme con ninguna de las dos primas... La una por lo redicha y lo burlona... la otra por lo espantadiza y lo remilgadita. Me casaba por el empeño del tio; pero ahora, despues de esta tostada, ya lo tomo á punta de lanza, y me he de casar, cáspita! Sí señor. Porque ahora conozco que estoy enamorado... enamorado de... de cualquiera de las dos!

ESCENA VIII.

JORGE. CLARA.

CLARA. Primo ingrato, que os escapais de mi lado cuando yo queria concederos el favor de que presidiéseis á mi tocador! — Ya veo que ese corazon se ha decidido...

JORGE. (*Cayendo repentinamente y con estrépito de rodillas á los pies de Clara.*) Ay, prima mia!

CLARA. Qué es eso!... os ha dado algo?...

JORGE. Ay, Clara!

CLARA. Pero qué haceis?... qué postura es esa?

JORGE. Prima encantadora, yo os amo!

CLARA. Qué?

JORGE. Encantadora prima... yo os adoro!

CLARA. (*Riendo.*) Os habeis vuelto loco?

JORGE. Vuestra hermosura es como la de los ángeles y querubines.

CLARA. Pero, qué arrebato es este.

JORGE. Vuestros ojos son flechas que me han traspasado!

CLARA. Jesus!

JORGE. Vuestras manos son las de una Venus!

CLARA. (*Mirándoselas con coquetería.*) Bien, sí; pero...

JORGE. Y ese pié tan cortito, tan airoso!

CLARA. Corriente; pero...

JORGE. En fin, sois una divinidad; y estoy muerto de amores por vos!

CLARA. Pero, hombre, qué mudanza es esta?

JORGE. Por vos... y solamente por vos!

CLARA. Vaya, levantáos, que os van á doler las rodillas!

JORGE. No me levanto hasta que me jureis...

CLARA. (*Riendo.*) Lo tomaremos á risa!..

JORGE. (*Levantándose.*) Os burlais de mí, cruel?

CLARA. Pero, hombre! Pues no estábais tan enamorado de mi hermana?

JORGE. Y qué habia de hacer, si vos os marchásteis! Pero desde que habeis vuelto... desde que os he visto de nuevo... yo no sé qué cataclismo he sentido aquí

dentro, que me he olvidado de ella completamente, y no pienso mas que en vos!

CLARA. Pero siendo tan inconstante, cómo quereis que yo me fie?...

JORGE. Os convenceré sumariamente. Vamos á casarnos ahora mismo.

CLARA. (*Asustada.*) Ahora mismo...

JORGE. Asi no os quedará duda...

CLARA. (*Aparte.*) Mejor será que yo le entretenga para que no fastidie á los otros pobres amantes.

JORGE. Conque?...

CLARA. (*Con fingida ternura.*) Con tan pocos años... y ya tan seductor!...

JORGE. Calla!... yo seductor! Pues digo que...

CLARA. No me queda otro recurso que huir de él! (*Dirígese á la puerta de la derecha.*)

JORGE. A dónde vais?

CLARA. A mi cuarto!...

JORGE. A qué?

CLARA. A llorar! .. (*Suelta la risa y se tapa con el pañuelo.*)

JORGE. Porque me quiero casar con vos?

CLARA. Ah, no!... Porque al oir que me amais, estoy tan agitada, que no puedo contener... (*Aparte tapándose.*) la risa! — Adios!

JORGE. Oh, Clara, yo os sigo... os sigo hasta el último rincon... de vuestro cuarto!

CLARA. No me sigas, seductor!...

JORGE. Sí, te sigo hasta que me des el sí!

CLARA. (*Entrándose en su cuarto.*) Protégeme, Dios mio!...

JORGE. (*Entrándose detrás de ella.*) Protégeme á mí tambien!

ESCENA IX.

ENRIQUETA. *Va poco á poco oscureciendo.*

Ya es casi de noche!... Se acerca la hora de la prueba... y al paso que se acerca, mi corazon se estremece entre el temor y la esperanza. Cuál será el resultado, Dios mio! — Si al quitarse la venda halla el infeliz que sus ojos no se abren!... Qué horror!

—En fin, á todo estoy resuelta. Seré su esposa y mi mayor placer consistirá en consolarlo, en servirle de guia, en dedicar mi existencia á hacerle mas llevadera su suerte. — Qué oscuridad! — Habrá salido ya la luna? Veamos. — (*Abre la ventana: la sala se ilumina por el resplandor de la luna.*) Ah!... allí está! — Confidenta de mis lágrimas durante tanto tiempo! Compañera de mi soledad!... En tí fijo mis ojos!... Qué me anuncias? Ah!... qué es lo que me pasa!... siento una opresion!... mis ojos se llenan de lágrimas! Dios mio, qué siniestro preságio!...

ESCENA X.

ENRIQUETA. LIONEL. *Enriqueta está retirada á la izquierda del fondo. Lionel viene del jardin, y entra despacito, creyéndose solo.*

LIONEL. Enriqueta?... No hay nadie. — He obedecido su mandato: he aguardado la hora que me fijó: ya no debe tardar; y vengo impaciente de salir de este estado cruel. — Ah! deseo la vista solo por verla!

ENRIQ. (*Aparte.*) Su confianza me anima!

LIONEL. Me la han pintado tan hermosa! Dicen que tiene unos ojos tan espresivos!... una alma en las facciones!...

ENRIQ. (*Aparte.*) Ay Dios!... Temo que me cree demasiado bella! (*Oyese dentro la campana de un reloj de sobremesa que da las ocho.*)

LIONEL. (*Muy agitado.*) Da una hora!... Contemos. (*Va contando en silencio y con suma agitacion las campanadas.*) Seis!... Siete!!... Ocho!!!... llegó el momento! (*Arráncase la venda y empieza á dar gritos de alegría.*) Dios mio!... Dios poderoso!... Ya veo!... Ya veo! He recobrado la vista!...

ESCENA XI.

LIONEL. JORGE. CLARA. ENRIQUETA. *Jorge sale del cuarto de Clara con un candelabro en la mano: Clara sale por la misma puerta y baja á la derecha del proscenio, al mismo tiempo que Enriqueta baja tambien á la izquierda.*

LIONEL. (*Echa una rápida mirada á las dos hermanas, y corre á echarse á los pies de Clara.*) Enriqueta!... Enriqueta!... tuyo para siempre!...

ENRIQ. (*Cayendo desmayada en el sofá.*) Ah!... yo me muero!...

CLARA. Qué estais diciendo?...

JORGE. Ahora me quitais la otra?...

LIONEL. Enriqueta mia!...

JORGE. Dale!... Esta no es Enriqueta. — Enriqueta es aquella!

LIONEL. CLARA. } Ah! (*Todos van á socorrerla.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

LIONEL. JORGE. *Lionel está sentado y pensativo.*

JORGE. Pues señor! Digo que cada vez me arrepiento mas de los años que he pasado quemándome las cejas en la universidad de Oxford. Malditos libros! No dicen una palabra de lo que pasa en el mundo. Así es que yo me vuelvo loco y no entiendo nada de lo que sucede.

LIONEL. Pues bien claro está.

JORGE. Estará claro para vos, pero para mí muy turbio. Y lo que algunas veces sospecho es que aquí todos se guardan de mí para las resoluciones de familia; y

eso es mal hecho, porque yo soy uno de tantos miembros de esta sociedad, y tengo derecho...

LIONEL. Estais engañado, Jorge: nadie se guarda de vos. Si vos quereis suponer misterios en todo, culpa vuestra será. Qué hay de ininteligible en lo que pasa?

JORGE. Para mí mucho.

LIONEL. Veamos.

JORGE. Enhorabuena: yo espondré los hechos, y vos ireis despejándome la incógnita.— En primer lugar: por qué fue toda aquella tremolina que se armó la noche que os quitásteis la venda? Parecíais todos locos!—Vos os echais á los pies de Clara llamándola Enriqueta: Enriqueta, que se iba á casar conmigo, se desmaya: la llevamos á su cuarto, la echamos en su cama: al volver en sí nos despacha á todos: no os permite que la hableis una palabra: no consiente en que se quede nadie con ella: hasta á su hermana la echa de allí: hasta á mí mismo, su futuro esposo, me da un bufido. Nos vamos: se encierra diciendo que quiere dormir, y aquella misma noche se escapa, sin que sepamos por dónde, ni adonde ha ido á parar. A ver todo esto quién me lo esplica?

LIONEL. Jorge, me destrozais el corazon con ese recuerdo! De todas esas desgracias yo he sido la causa. Enriqueta me amaba: aquella fatal equivocacion mia desgarró su alma: y como no me permitió volver á verla, no pude enmendar mi yerro, y he sido autor de esta desgracia que lloramos.

JORGE. Conque Enriqueta os amaba?

LIONEL. Tampoco lo habíais conocido?

JORGE. Como yo tenia mis datos para creer que era á mí á quien queria por esposo... Pero en fin, y lo demás que ha pasado en un mes que hace de aquel lance? —Un dia se recibe aquí una carta: os encerrais con mi tio, mientras á mí me enviais á pescar. Luego me encuentro con la novedad de que os vais á casar con Clara, que despues de aquel lance era la que se iba á casar conmigo: siempre yo la víctima! — Y dicho y hecho: os vais á Boston y volveis casados. Esto es claro ó turbio?

LIONEL. Bien claro es que Clara y yo nos hemos casado.

JORGE. Pero cómo ha sido eso?

LIONEL. Os lo diré. Aquella carta era de Enriqueta: en ella decía terminantemente que mientras yo no diese la mano á su hermana, no volveríamos á saber de ella.

Fué preciso obedecer, y sacrificarnos al deseo de verla.

JORGE. Pobre Clara! Sacrificio ha sido para ella; porque yo tengo mis datos para creer que era á mí á quien queria por esposo.

LIONEL. No lo dudo.

JORGE. Pues bien: y ya que habeis obedecido á Enriqueta casándoos con su hermana, cómo es que no parece ni sabemos de ella?

LIONEL. Eso me tiene inquieto! Nuestro casamiento se verificó hace dias: la noticia se ha estendido por toda esta comarca: ya debia saberlo! (*Suena dentro el látigo de un postillon.*)

JORGE. Calla! No oís?... (*Corren los dos á la ventana.*)

LIONEL. Un hombre á caballo!

JORGE. Voy corriendo á saber...

ESCENA II.

LIONEL.

Qué estado tan violento es el mio! Y yo que me creia tan desgraciado cuando estaba ciego!... No sabe uno cuándo ha de ser infeliz, ni cuándo dichoso.—Aquella fatal precipitacion!... Ah!... Los ojos!... Los ojos no sirven para nada!... Qué diferencia entre una hermana y otra!... Enriqueta tan inocente, tan candorosa, tan tierna!... Qué fatalidad, Dios mio!

JORGE. (*Dentro.*) Lionel!... Lionel!... Albricias!

LIONEL. Cielos!... Qué será?...

ESCENA III.

LIONEL. JORGE.

JORGE. (*Sale corriendo con una carta.*) Primo mio, gran novedad.

LIONEL. Qué sucede?

JORGE. Ay... Dejad que tome aliento!
LIONEL. Veamos!
JORGE. Nuestra amada Enriqueta... Ay!...
LIONEL. Hablad!
JORGE. Despues de un mes de ausencia... Ay!...
LIONEL. (*Impaciente.*) Acabad!... Enriqueta...
JORGE. Va á llegar!...
LIONEL. Va á llegar?...
JORGE. Ahora mismo.
LIONEL. Y cómo sabeis?..
JORGE. Toma! Por esta carta.
LIONEL. A ver!...
JORGE. Me la escribe á mí!...
LIONEL. Corramos á decírselo á su hermana...
JORGE. (*Deteniéndole.*) Ya está eso hecho. Clara salió al ruido, se ha enterado de todo, y ha salido al encuentro de su hermana.
LIONEL. Pero, hombre, dejadme leer la carta.
JORGE. Vaya, tomad.—Vereis que es para mí.
LIONEL. (*Leyendo.*) «Jorge, mi buen primo, mi querido amigo: perdonadme, y perdonadme todos el disgusto que os he causado. Abandoné mi casa, me refugié en la quinta de unos amigos, desde la cual os dirigí misteriosamente aquella carta en que hacia juramento de no volver á veros hasta que mi hermana fuese esposa de Lionel. Ah! yo necesitaba amar á Lionel como á un hermano!
JORGE. Pues; como á un hermano. Ya decia yo: si no podia ser...
LIONEL. Callad!—(*Lee*) «Ambos han cedido á mis ruegos, á mi voluntad: les doy las gracias con toda mi alma. —He sabido que mi tio ha apresurado este casamiento, y que hace unos dias que se desposaron en Boston.—Parto, pues, y llegaré á vuestro lado poco despues de esta carta.—Todo lo que ha pasado, querido primo, lo considero ya como un sueño. Pero el mundo quizá no lo olvide; y es preciso que los maldicientes se reduzcan al silencio viéndome contraer lazos sagrados é indisolubles. Así pues, si estimais aun mi amistad, mi afecto, mi buen nombre, disponeos, querido Jorge, á ser mi esposo, y esta misma noche marcharemos al altar.=*Enriqueta.*»
JORGE. (*Gozoso.*) Qué tal!... No os decia yo que tenia mis datos para creer que me amaba á mí?—Qué gozoso estoy! Por fin pronunciaré el *sí* conyugal!—Ahora

me parece que va de veras!—Voy, voy á disponerlo todo... Vos me ayudareis, primo.

LIONEL. Perdonad!... No me siento bueno.

JORGE. Y es verdad que os habeis quedado triste!... Qué es eso? Teneis miedo de ver á Enriqueta?

LIONEL. Os confieso que sí.

JORGE. Y por qué? No habeis obedecido casándoos con la otra...

LIONEL. Sin embargo, aquel recuerdo...

JORGE. Vaya! Pues no teneis poco amor propio! Ella no se acuerda de nadie ya mas que de mí. No lo habeis visto en la carta? Aquello fué un capricho que le vino yo no sé cómo, y se ha ido como vino.

LIONEL. Sí, es verdad, así lo dice: me amará como á un hermano, y nada mas.

JORGE. Y nada mas: por supuesto que nada mas. Pues digo que...

LIONEL. Pero bien: creeis que Enriqueta ha hecho la felicidad de su hermana? Creeis que á su llegada, cuando nos vea, quede satisfecha de su obra? Creeis que cuando observe lo que pasa en nuestro matrimonio...

JORGE. Basta, basta: esas son cuentas vuestras. Y bien haríais en disimular un poco con Enriqueta. Lo que es á mí no se me ha escapado: ya he visto que no os llevais marido y mujer muy fraternalmente que digamos, como nos llevaremos Enriqueta y yo, que seremos dos tortolitas.—Cada uno de vosotros anda por su lado... En fin, punto en boca: venga esa mano, primo, y Dios os dé su gracia.

LIONEL. Se oye ruido! .. Gente llega!...

JORGE. Ella será!... No tiene duda!... Ella es!

LIONEL. Ah! Cómo late mi corazon!...

ESCENA IV.

Dichos. CLARA. ENRIQUETA *que viene pálida en los brazos de su hermana.*

CLARA. Aquí la tenemos ya, que ha cumplido su palabra. Es justo habernos afligido así durante tanto tiempo?

ENRIQ. Vengo á pediros perdon á todos.

JORGE. Vamos, vamos, pelillos á la mar: ya estamos reunidos.

LIONEL. (*Que está retirado.*) Ah, no tengo valor para arrostrar sus miradas!

ENRIQ. (*A Clara.*) Y tu marido no está aquí?

CLARA. (*En voz baja.*) Allí le tienes; pero está tan conmovido!

ENRIQ. (*Adelantándose hácia Lionel y alargándole la mano.*) Lionel, recibid el afecto de una hermana que os quiere. (*Lionel toma la mano de Enriqueta, y se inclina sin poder hab'ar.*)

JORGE. (*A Enriqueta.*) Es preciso que le perdoneis aquel...

ENRIQ. (*Soltando la mano de Lionel, y dirigiéndose con viveza á Jorge.*) Silencio!... No se hable mas de eso!

LIONEL. (*Aparte.*) Cuánto sufro en su presencia!... Ah! Me voy á ver si logro tranquilizarme! (*Se va por el foro.*)

ESCENA V.

CLARA. ENRIQUETA. JORGE.

ENRIQ. (*Aparte.*) Se ha marchado!... Aparentemos serenidad!

CLARA. (*Abrazándola.*) Mi querida hermana... mi Enriqueta!

JORGE. Eso es: mi Enriqueta!... Tambien yo puedo decir ya: mi Enriqueta!—Y á propósito, prima, quereis hacerme un favor que vuestro señor esposo me ha rehusado?

CLARA. Cuál es?

JORGE. Enviar un hombre á Boston con una carta para el tio, en que le digais, que si la gota se lo permite, venga esta noche á presenciar nuestro casamiento.

CLARA. (*A Enriqueta con intencion.*) Lo oyes, Enriqueta? Te parece que haga lo que me pide? Estás bien resuelta á darle la mano?

JORGE. Cómo que si está resuelta! Pues ahora podiamos salir despues de todas mis tribulaciones, y mis peripecias perpétuas... Vaya, vaya: no andemos en bromas. Ahora va muy sério!

ENRIQ. (*Con esfuerzo.*) Tiene razon, hermana mia. Ya has leido mi carta... Sí; quiero casarme con Jorge: le profeso un afecto verdadero.

JORGE. Así me gusta!—Afecto... mucho afecto... y algo mas que no se dice en presencia de testigos! Conque, esposa mia, no perdamos tiempo; al tocador: yo tam-

bien me voy al mio... vereis cómo me pongo! El vestido nuevo que traje de Lóndres, que todavia no le he estrenado...

CLARA. Pues señor; si es cosa decidida, voy á escribir al tio. Ay, hermana mia... que seas muy feliz! (*Se va muy triste. Enriqueta la sigue con la vista, mostrando sorpresa é inquietud.*)

ESCENA VI.

JORGE. ENRIQUETA.

JORGE. (*Aparte.*) Temblando estaba que la empezase á hablar mal del matrimonio. Ya se vé; cada uno habla de la feria...

ENRIQ. (*Volviéndose repentinamente á Jorge.*) Jorge?

JORGE. Prima mia?

ENRIQ. Qué es lo que pasa aquí?

JORGE. Cómo aquí?

ENRIQ. Mi hermana tiene alguna pena.

JORGE. (*Afectando disumulo.*) Ps... pudiera ser!

ENRIQ. Será que mi vuelta la incomode!

JORGE. Qué disparate! Al contrario; pues si durante vuestra ausencia ha estado desconocida. Ella, tan amiga de risa y de broma, no ha hecho mas que llorar.

ENRIQ. Y él?

JORGE. Y quién es él?

ENRIQ. Lionel.

JORGE. Ah!... Él lo mismo. ¡Es un escelente jóven! Tiene muy buen fondo! —La jugarreta aquella que os hizo sin intencion le pesó luego en el alma: le entró un calenturon que creimos que se nos desgraciaba. Vamos, esto parecia una casa de locos! Aquí nadie estaba en su juicio mas que yo, que decia á cada paso: no hay que apurarse: ella me quiere á mí, y al cabo vendrá.

ENRIQ. Y cuándo se recibió mi primera carta?

JORGE. Cuál?... Ah! aquella carta que trajeron... Huy, la que se armó!... A mí no me dijeron nada: se encerraron los tres: hubo consejo de familia, y en seguida se fueron á Boston, y se casaron.

ENRIQ. Pues bien, yo he cumplido mi palabra, he vuelto

á vuestro lado. Pero, por qué mi hermana y su marido no son felices? Por qué observo en ellos ese desvio, esa tristeza?...

JORGE. Por qué... por qué!... Qué sé yo!... Esas son cosas...

ENRIQ. No me calleis nada.

JORGE. (*Con misterio.*) Pero no digais que yo os lo he contado, por Dios!

ENRIQ. No tengais cuidado: hablad.

JORGE. Pues..... lo que es el por qué..... ellos lo sabrán. Pero lo cierto es que vuestra hermana es muy desgraciada en el nuevo estado. No parece sino que ese casamiento lo ha hecho el mismo demonio.

ENRIQ. Cielos!...

JORGE. No; no esto alusion á vos. — La mujer todo el dia suspirando, el marido por otro lado todo el dia dando paseos con un humor condenado: en las veinte y cuatro horas no se hablan tres palabras; y si algo dicen es para reñir. En fin, presentan el cuadro de la vida conyugal mas aflictivo que puede darse para un primo delicado y sensible como yo.

ENRIQ. Es posible, Jorge!

JORGE. Lo que estais oyendo. Reina entre los dos esposos la mas perfecta antipatía. Pero en fin, qué remedio tiene ya? La culpa es de vuestra hermana, que no ha sabido escoger marido con el tino que vos. Ella sentirá que no haya dos Jorges en el mundo; pero paciencia: mi madre no parió mas que uno. — Conque pensemos en lo que nos interesa. Adios, Enriqueta mia: voy á vestirme de novio. (*Se va corriendo.*)

ESCENA VII.

ENRIQUETA *sentándose muy conmovida.*

Qué acabo de saber!... Es posible! Puede haber aquí penas y martirios para otra que para Enriqueta? — Vamos, no lo puedo creer. Y tambien yo, nécia de mí, que voy á dar crédito á las relaciones de ese simple Jorge! — Qué desatino! — La tristeza de mi hermana provendrá sin duda de lo mu-

cho que me quiere, y de que acaso se le figura que yo todavía conservo... Pero cuando me vea casada... tranquila... feliz... Ah, en vano procuro engañarme á mí misma!... Creí poder contar con un valor que por desgracia no tengo!... Para presentarme aquí serena reuní todas mis fuerzas... y al verle, casi me caigo muerta de dolor... Cielos... aquí está! (*Se levanta temblando y sin mirar á Lionel, que sale por el foro.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA. LIONEL.

LIONEL. (*Con serenidad y dulzura.*) Soy yo, Enriqueta. Desde aquel momento en que un fatal error nos separó no os he vuelto á ver. Quereis dignaros oirme un instante? Será el último.

ENRIQ. Cómo!

LIONEL. Sí, el último. Un buque me espera: va á dar á la vela dentro de una hora, y en él voy á partir. Vengo solo á deciros adios, y un adios eterno. Oh, sí, eterno, es forzoso!... Mi corazon es mas débil todavía que el vuestro. Si en vos es posible la indiferencia, yo os engañaria si os la ofreciera por mi parte; y los recuerdos de lo pasado podrian ser muy peligrosos para lo venidero.

ENRIQ. (*Con candor.*) Los recuerdos decís?... Pero esos recuerdos no podrian ser temibles sino para mí: yo era la que os amaba... — Sí, os amaba, á qué lo he de ocultar ya? — Pero vos, vos, cómo es posible que sintiérais ese amor sin haberme visto nunca? — Ah! eso es lo que debí conocer entonces, y no dejar que el corazon alucinase á la razon. El vuestro se alucinó tambien, y equivocásteis la gratitud con otro afecto que no existia. Vuestra imaginacion os forjaba mi retrato á su manera: los encantos que soñásteis, vuestra primer mirada los halló reunidos en el rostro de mi hermana, y... nada mas sencillo ni mas natural... No hablemos mas de eso. Sed feliz, y en vez de quejarme daré gracias al cielo.

LIONEL. La acusacion que envuelven esas palabras no creais que la acepto: al contrario, la rechazo; y lejos de humillarme á pediros perdon, vengo á quejarme de vos: sí, á quejarme porque me habeis castigado cruelmente, sin que yo haya cometido ningun crímen.—Cierto es que en un momento de delirio, y embriagado de gozo al ver de nuevo la luz, me deslumbró la hermosura de vuestra hermana; pero tambien es cierto que la primera palabra que pronunció su boca disipó repentinamente el encanto. Su voz era dulce, sí, pero no era aquella voz que me consolaba!—La ilusion no existe: la simpatía ha desaparecido.—Esos atractivos que la adornan me causan siempre admiracion; pero no amor.—Y ahora, ahora que veo vuestro semblante...—puedo decir, por la primera vez,—creeis que le hallo comparacion con ningun otro?—Ah, no; mí corazon y mis ojos estan de acuerdo para amaros: yo amo todo lo que veo en vos; os he amado siempre, y mi último suspiro será para Enriqueta!

ENRIQ. (*Muy conmovida.*) Dios mio... ese lenguaje!... Si os oyeran!... Cuando estais ya ligado...

LIONEL. Ah! Vuestra hermana conoce demasiado mi desgracia y la suya. Vos nos habeis impuesto este fatal enlace: solo á este precio consentíais en volver; y podia yo resignarme á morir sin veros... sin declararos una vez siquiera lo que acabais de oir!.... Ah, imposible!—Desolada Clara y deshecha en lágrimas por vuestra ausencia, indiferente á todo lo demas: yo, fuera de mí, perdida la razon, marchamos al altar; y esta violenta union no podia producir mas que remordimientos amargos, frialdad, quejas despues, y al fin aborrecimiento!...

ENRIQ. Qué escucho, Dios mio!

LIONEL. Quiero al menos evitar ese último grado de nuestra desgracia. He aceptado servicio en un buque estrangero; voy á partir, y vuestra hermana no volverá á verme.

ENRIQ. Cielos! Vais á separaros de mi hermana?

LIONEL. Sí; para separarme de vos. Hé aquí el acta de divorcio... (*Sacando un papel.*)

ENRIQ. (*Desolada.*) Oh! qué haceis?... Desistid!...

LIONEL. Vuestra hermana está de acuerdo. Yo he firmado ya; que firme ella; y no olvideis que al daros el último adios!...

ENRIQ. No... no lo recibo!... Lionel!... amigo mio... ved mi desesperacion!.... Por piedad, una sola palabra!...

LIONEL. (*Con ternura.*) Qué quereis de mí?

ENRIQ. (*Exaltada.*) Mi perdon... mi perdon!... Sí; yo os pido perdon!... Yo he sido culpable!... Lo conozco... lo confieso!... Mi loca exaltacion nos condena á los tres á padecer toda la vida!... He aquí mi obra! (*Se vuelve, y cae en los brazos de Clara, que ha aparecido al fin de la escena.*) Ah, hermana mia!... Todo lo sé!... Soy muy desgraciada!

ESCENA IX.

ENRIQUETA. CLARA. LIONEL.

CLARA. (*Con tristeza.*) A tí, á tí sola es á quien ama!

ENRIQ. Ah, miserable de mí!

CLARA. Te ama con delirio!...

ENRIQ. Hermana mia!...

CLARA. Ya no hay mas remedio que ser los tres desgraciados!

ENRIQ. (*Llorando.*) Dios mio... ten piedad de nosotros! (*Desprendiéndose de los brazos de Clara.*) Valor! A mí me toca sacrificarme. – Adios, hermana mia!

CLARA. (*Deteniéndola.*) Qué dices?

ENRIQ. Yo soy quien debe partir de aquí. Adios para siempre!...

LIONEL. Oid, Enriqueta!...

ENRIQ. No, Lionel, olvidadme, haced feliz á mi hermana!...

CLARA. Escucha, por Dios!...

ENRIQ. He sido una loca... una insensata!... Yo soy la culpada, y debo castigarme!...

LIONEL. Una palabra, Enriqueta, una palabra no mas. (*Enriqueta se detiene.*) Decid, reconoceis vuestro error?

ENRIQ. Ah, lo reconozco!... Y él causa estos remordimientos que me devoran.

CLARA. (*Con espresion de gozo.*) Ven á mis brazos!

LIONEL. Oh felicidad!

ENRIQ. (*Admirada.*) Felicidad habeis dicho?

LIONEL. (*Tomando su mano.*) Enriqueta!

CLARA. (*Abrazándola.*) Hermana mia!...

ENRIQ. (*Trémula.*) Qué es esto?

LIONEL. Tuyo soy para siempre!

ENRIQ. Gran Dios!...
LIONEL. Todo ha sido un engaño. Nuestro casamiento fué una ficcion para hacerte volver.
ENRIQ. No me engañeis, por Dios!
CLARA. (*Echándola en brazos de Lionel.*) Lo crees ahora?
ENRIQ. Ah, yo muero de placer!

ESCENA X.

Dichos, JORGE, *que sale vestido para la boda.*

JORGE. (*Viendo á Enriqueta en brazos de Lionel.*) Canario!.. Qué es lo que veo!
CLARA. Ay! El pobre Jorge!... Ya no me acordaba!...
JORGE. Para esto se me hace vestir, y disponer la ceremonia?...
CLARA. Nada hay perdido: servirá para la boda de Enriqueta con Lionel.
JORGE. Con vuestro marido? Vaya, fuera bromas!...
CLARA. No hay aquí bromas: se casan. Nuestro matrimonio sí que era broma.
JORGE. Pero, señor, y yo?
CLARA. Vos... si no apechugais conmigo, que soy la única vacante...
JORGE. Si ya veo yo que para mí no hay nunca vacante! Lo mismo sea decir yo que sí, os sale otro novio, aunque sea de debajo de tierra. Vamos... Esto es insoportable!...
LIONEL. No, Jorge: por mi parte ya os dejo en paz.
CLARA. (*Yéndose.*) Acompañadnos á la ceremonia, y os convencereis.
JORGE. Voy. Y no salgo de la iglesia, sino casado ó muerto!

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 23 de Febrero de 1850.

Aprobada y devuélvase.

Baltasar Anduaga y Espinosa.